

LIBRO TERCERO

Julio II,
restaurador de los Estados pontificios
y del mecenazgo papal
(1503 - 1513)

CAPÍTULO PRIMERO

Las elecciones pontificias de Septiembre y Noviembre de 1503.—Pío III y Julio II.

«Todo se halla erizado de armas», decía el cardenal Caraffa al embajador veneciano Antonio Giustinian, á 15 de Agosto de 1503, cuando el estado de Alejandro VI había ya llegado á ser bastante grave; «y temo que la próxima elección pontificia se verificará usando de violencia, para escándalo y perjuicio de la Iglesia» (1). En un soneto compuesto por entonces en Florencia, se dice: «El Colegio Cardenalicio está dividido; así el monarca francés como el español, procuran sacar triunfante á su candidato; fácilmente puede producirse un cisma, ó tener lugar una elección simoníaca» (2).

En realidad las circunstancias eran tales, que hacían temer los peores resultados. Mientras por el Norte acampaba en Viterbo el ejército francés, al mando de Francisco Gonzaga, por la parte del Sud avanzaban los españoles desde el Garigliano, al mando de Gonzalo de Córdoba; Roma volvía á resonar con los furibundos clamores de partido de los Colonna, Orsini y Borja. «Por todas partes reinaba en la Ciudad un tumulto tal, dice el cardenal Egidio de Viterbo, que parecía iba á sucumbir toda Roma» (3). Fácil es

(1) Dispacci di A. Giustinian II, 110.

(2) Soneto «Antequam creatur novus Pontifex», impreso en los Docum. intorno Pio II e III, 29-30, y en el Giorn. de Lett. ital. XVII, 296; cf. Nuova Antologia CXXXV (1894), 93-94.

(3) Gregorovius VIII^o, 7.

comprender el influjo que en tales circunstancias tenía la presencia de César Borja; pues los cardenales españoles le estaban sometidos como «capellanes suyos», y asimismo tenía á su mando un importante cuerpo de ejército compuesto de 12,000 soldados.

¿No se hallaba, pues, un hombre semejante, en situación de imponer á la Iglesia otro segundo Rodrigo Borja?

Puede, por consiguiente, considerarse como particular disposición de la Providencia el haber estado en aquel momento decisivo embargadas las fuerzas de tan temible partidario, por efecto de la enfermedad de que acababa apenas de salir. El mismo César Borja decía más tarde á Maquiavelo: «que había pensado en todo, para el caso de la muerte de su padre, y provisto recursos para todo; sólo una cosa no se le había ocurrido: que en aquel preciso tiempo hubiera de luchar él mismo con la muerte» (1).

Cuán grande fuera, sin embargo, la presión que ejercía César, aun en la presente debilidad de sus fuerzas, lo manifiesta la circunstancia de haber las dos grandes Potencias, Francia y España, que contendían acerca de la posesión del reino de Nápoles, esforzándose por igual manera en asegurarse su amistad; ambas creían que dependía de César la futura elección pontificia. Por otra parte, es natural que el Duque trabajara en este sentido; pues la inesperada muerte de Alejandro VI, había sido como una señal para levantarse todos los enemigos de los Borja; por lo cual, el éxito de la futura elección era decisivo para la existencia misma del Duque. «Se me asegura, refería el embajador veneciano á 21 de Agosto, que el domingo once cardenales se conjuraron en presencia de César, para elevar á toda costa al Pontificado al cardenal Juan de Vera, ó en otro caso provocar un cisma. Los mencionados procuran atraer á su lado á los cardenales Caraffa, Rafael Riario y Pallavicino. También he adquirido cierta información de que César ha tomado precauciones por mar y por tierra, para estorbar la asistencia del cardenal Juliano della Róvere» (2).

Pero muy pronto se demostró, que se había exagerado el poder del Duque; y él mismo no se sintió bastante fuerte para hacer frente al furor del pueblo y de los barones que respiraban

(1) Machiavelli, Principe, cap. 7.

(2) Dispacci di A. Giustinian II, 138; cf. 130, 137. V. también Atti dell' Emilia VII, 2, 169. M. Leopardi, Vita di Niccolò Bonafede, 49 s., y Carinci, Lettere di O. Gaetani, 134.

venganza; todas sus tentativas para apoderarse por soborno del castillo de Sant-Angelo se estrellaron en la constancia del castellano Francisco Roccamura (1); y César, acostumbrado hasta entonces á mandar incondicionalmente, hubo de allanarse á ajustar un tratado con los Colonna, y á entrar en negociaciones con los cardenales; y Burchard refiere con asombro, cuán condescendiente se mostró con el Sacro Colegio, y de qué manera juró obediencia al mismo, luego á 22 de Agosto. A cambio de esto, se le confirmó en la dignidad de Capitán de la Iglesia hasta la futura elección pontificia. Cuán poco se fiara aun entonces el Sacro Colegio de aquel hombre peligroso, lo demuestra la unánime resolución de celebrar el conclave en el castillo de Sant-Ángelo (2); pero ni aun allí creían muchos estar todavía bastante seguros; pues César continuaba trabajando con todos sus recursos para conseguir la elección de un Papa español que le fuera favorable (3).

La libertad de la elección pontificia requería, pues, que César se alejara de Roma, y á esto se encaminaban también los esfuerzos de los cardenales, principalmente de los italianos. Desde el 25 de Agosto se negociaba sobre esto, con intervención de los embajadores de Maximiliano I, Luis XII, Fernando el Católico y Venecia, y á 1.º de Septiembre se llegó finalmente á un acuerdo: César prometió salir de Roma dentro del término de tres días, á cambio de lo cual se le aseguró ampararle contra cualquiera ataque, y concederle libre paso por los Estados de la Iglesia; asimismo se obligó el Sacro Colegio á disuadir á Venecia de toda hostilidad contra las posesiones del duque en la Romañola. Los embajadores de Maximiliano y de Fernando el Católico dieron fianza de que, mientras durara la vacante de la Sede Pontificia, César, las tropas españolas y los Colonna, permanecerían, por lo menos, de ocho á diez millas lejos de Roma; y el mismo compromiso contrajeron los embajadores de Francia y de Venecia respecto del ejército francés y de los Orsini (4).

(1) Cf. Sigismondo de' Conti II, 289 y la carta citada por Thuasne III, 449. Ranke, Rom. und germ. Völker, 171, afirma falsamente que César tenía en su poder el castillo de Santángelo. Gregorovius VIII^o, 7 cita como inéditas las cartas del *Archivo Gaetani*, que confirman las indicaciones de Guicciardini sobre el tratado que César concluyó con los Colonna; pero hace mucho tiempo que han sido publicadas por Carinci, Lettere di O. Gaetani, 133-134.

(2) Burchardi Diarium, III, 245 ss.

(3) Dispacci di A. Giustinian II, 157. Petrucelli della Gattina I, 442.

(4) Burchardi Diarium III, 255; cf. Villa 323.

Luego al día siguiente marchó una parte de la artillería del duque por el Trastevere, y el propio César, quien en aquel mismo día había recibido la noticia de haber sido destruido su señorío en Piombino, Rímini y Pesaro, se hizo conducir en una litera, desde el Vaticano al monte Mario. En la Porta Viridaria quiso hablar con él el cardenal Cesarini; pero se le dió por respuesta, que el Duque no concedía ninguna audiencia (1).

Pronto se tuvo noticia de haberse retirado César á Nepi, al amparo de las tropas de Luis XII; pues ya á 1.º de Septiembre había ajustado con los representantes de este monarca una secreta convención, en la cual prometía poner á disposición del rey de Francia sus tropas, servirle contra quienquiera que fuese, excepto la Iglesia, y obedecerle en todas las cosas, como vasallo suyo; á cambio de lo cual, Luis XII le aseguró los Estados que actualmente poseía, y le prometió prestarle ayuda para recobrar los que había perdido después de la muerte de Alejandro VI (2).

El Colegio Cardenalicio, que ya antes había tomado á sueldo tropas para mantener la tranquilidad, pudo pensar ahora en la celebración del conclave; y la mutación efectuada en las circunstancias se manifestó en desistirse ahora de proceder á la elección en el castillo de Sant-Angelo, resolviéndose por el Vaticano.

En la pública opinión, andaban muy divididos los pareceres acerca del éxito de la elección próxima: «Los bien intencionados, refiere Antonio Giustinian ya á 19 de Agosto, desean la elección de Caraffa ó Piccolomini; también Costa sería un excelente Papa, pero su edad y su nombre español le perjudican.» Algunos días después se mencionaba asimismo á Pallavicini y Podocátharo, y de este último se decía tener en su favor á todos los españoles (3).

A 4 de Septiembre (4) comenzaron las exequias por el Papa difunto, las cuales debían, conforme á las disposiciones vigentes, continuarse por nueve días. Entretanto habían llegado á Roma

(1) Burchardi Diarium III, 257; cf. Dispacci di A. Giustinian II, 171. Sanuto V, 80-81, y *Despacho del embajador de Mantua, fechado en Roma á 2 de Septiembre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) App. de los Dispacci di A. Giustinian II, 462-463.

(3) Dispacci di A. Giustinian II, 126. Petrucelli della Gattina I, 447, y el soneto: Antequam, etc., citado arriba p. 127, not. 2.

(4) No en 3 de Septiembre como indican Villari, Machiavelli I, 387, y Gregorovius VIII, 10; v. *Acta consist. f. 14 del *Archivo consistorial del Vaticano*.

muchos de los cardenales ausentes. Luego á 30 de Agosto llegó Soderini; el 1.º de Septiembre, Cornaro; el 3, Trivulzio y Juliano della Róvere (éste después de casi diez años de destierro); el 6, Colonna; el 9, Riario; el 10, Jorge d'Amboise, Luis d'Aragona y Ascanio Sforza (1). Este último había hecho concebir á Luis XII la falsa esperanza de que, si le permitía tomar parte en el conclave, daría su voto al de Amboise, que era el candidato de los franceses (2). Por efecto del convenio celebrado con César Borja, creían los franceses poder contar seguramente con los 11 cardenales españoles (3); y para ganar á los demás, empleó, principalmente el mismo ambicioso cardenal d'Amboise, todos los medios: lisonjas, promesas y hasta embozadas amenazas (4). En este concepto se contaba principalmente con la impresión que habría de hacer la proximidad de las tropas francesas, y, según refiere el embajador de Mantua, se había resuelto, para el caso que fuera necesario, apelar á la violencia (5). Debían emplearse todos los medios para procurar al favorito del monarca francés la tiara, y con ella el señorío sobre toda Italia y sobre todo el mundo.

El natural enemigo de estos planes era el rey de España, Fernando el Católico, cuyos embajadores trabajaban desde el principio con todo celo por la elección de un Papa español. Los candidatos del Rey Católico eran: Piccolomini, Castro y Carvajal; y ante todo quería que se excluyese á Juliano della Róvere,

(1) El cardenal Este no vino, porque en su viaje apresurado se había roto la pierna. Sanuto V, 77; cf. ibid. 81 sobre la grande aceleración del viaje del cardenal Amboise.

(2) Sigismondo de' Conti II, 290.

(3) Cf. Petrucelli della Gattina I, 449.

(4) Cf. Dispacci di A. Giustinian II, 175, 196, 190. Las prácticas que aquí se describen parecían tanto más necesarias, cuanto que en el colegio de los cardenales sólo había dos miembros franceses de nacimiento; se apreciaba en seis votos la fuerza del partido francés; v. Sanuto V, 82. De los manejos de Amboise da cuenta también el agente de Mantua Ghivizano al marqués de Mantua, en una carta fechada en Roma á 12 de Septiembre de 1503: *Hieri ale 22 hore parlai cum mons. de Rohano... me dise io dovesse in nome vostro parlare al rev^{mo} card. S. Prassede et pregarlo a darli la voce sua promettendoli che tuto quello li sarà promiso li sarà atteso et retificato per la Ch^{ma} M^{ta} e di questo vole la Ex. V^a li faccia piena segurta, il che a me non ha parso fare senza licentia di quela, la quale sapia come a le XX hore hoe lordine de andare a parlare a S. Prassede; al card. de Rohano ho promeso fare quanto la Sua S^{ta} me a comandato e cosi farò non havendo altro in contrario. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) V. en el n.º 53 del apéndice el *despacho de Ghivizano de 12 de Septiembre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

según su opinión, adicto á los franceses (1). Mientras permaneció en Roma César Borja, había ejercido un influjo decisivo sobre los cardenales españoles; pero luego que hubo abandonado la Ciudad, y se supo que se había pasado al campamento francés, tuvo fin aquella influencia; y desde entonces se presentó como adalid de los españoles Bernardino de Carvajal. Los cardenales españoles se unieron entre sí apretadamente, sabiendo que habría de cargar sobre ellos todo el odio que los Borja habían concitado contra sí (2); y en atención á aquel odio, que por parte del pueblo romano estallaba en rudas demostraciones de violencia (3), no podía pensarse en elegir un Papa de nacionalidad española. El efecto producido de rechazo por el gobierno de Alejandro VI, era demasiado grande; pero no era menos sensible para el partido francés, la pérdida de los once votos españoles, producida por haberse alejado César de Roma. Las esperanzas de los franceses disminuían sensiblemente, y ya á 12 de Septiembre observaba el embajador mantuano, después de pintar muy vivamente los manejos de los electores, «los cuales empleaban todo género de astucias, y andaban afanados como hormigas: que el de Amboise no llegaría á ser Papa» (4).

Pero el más peligroso rival que se oponía á los franceses, era Juliano della Róvere. Este hombre poderoso fué principalmente quien libró al mundo de tener por Papa al omnipotente ministro de Luis XII y antiguo protector de César Borja (5).

Tan luego como Juliano se presentó en Roma, prodújose una mudanza en la situación de las cosas; pues habiéndosele recibido como si ya fuera cierta su elección, el cardenal no dejó lugar alguno para que se dudase de sus designios. «He venido acá, dijo á 5 de Septiembre al embajador veneciano, para cuidar de mis negocios, no de los ajenos; por ninguna manera daré mi voto al de Amboise, pues quiero portarme como buen italiano; y si no me es posible alcanzar la suprema dignidad, me esforzaré en que,

(1) Cf. Dispacci di A. Giustinian II, 150 s. Zurita V, c. 47. Petrucelli della Gattina I, 446. Bergenroth, Calendar. I, n. 372. Sägmüller, 127 s. Häbler, Streit Ferdinands d. Kathol. und Philipps I. 19. Rossbach, Carvajal, 59 s. (con algunos errores). Villa, 324 s.

(2) Cf. Dispacci di A. Giustinian II, 179, 180. Petrucelli della Gattina I, 450.

(3) V. Sanuto V, 81, 83.

(4) V. en el n.º 53 del apéndice el *despacho de Ghivizano de 12 de Septiembre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Dispacci di Giustinian II, 200.

por lo menos, recaiga en uno que tenga solicitud del bien de la cristiana religión y de la paz de Italia.» A los cardenales hizo observar Juliano, el peligro que amenazaba, en caso de ser elegido un francés, de una nueva traslación de la Sede Pontificia á Francia; y tales representaciones no carecieron en manera alguna de efecto para con los españoles, y mucho menos con los italianos (1). Como quiera que éstos formaban una gran mayoría del Sacro Colegio (eran 22 entre 37), hubieran podido elevar á Juliano á la suprema dignidad, si hubiesen estado unidos; pero no sucedía así en manera alguna; una parte de ellos estaba por Caraffa, otra por Pallavicino y otra por Juliano. El cardenal Juan Colonna seguía el partido de los españoles, mientras los florentinos Médici y Soderini estaban al lado de los franceses (2).

La desunión de los cardenales italianos hizo que la resolución quedara en poder de los españoles, los cuales se mantenían firmemente unidos; por lo cual, el sagaz Juliano trabajó por todas maneras, desde el principio del conclave, para ganar para sí á los españoles (3). El embajador mantuano lo refiere á 12 de Septiembre: «Ni Amboise, ni Juliano, ni Caraffa, ni Riario obtendrán la dignidad suprema, sino Podocátharo, Piccolomini ó Pallavicini; pues éstos gozan del favor de los españoles. Pero, sin embargo, conforme á la opinión común, es lo más verosímil que los cardenales no podrán llegar á un acuerdo» (4).

De esta suerte, desde el principio del conclave, los representantes de las tres grandes naciones románicas: Francia, España é Italia, se mostraban opuestos en la cuestión de la elección pontificia. De los pocos representantes que tenían en el Sacro Colegio las otras naciones, ninguno se hallaba presente en Roma (5) cuando, después de una sede vacante de treinta días, comenzó el conclave á 16 de Septiembre. Tomaron parte en él 37 cardenales (6),

(1) Dispacci di A. Giustinian II, 180-182.

(2) Cf. Zurita, 299. Guicciardini, Opere inedite III, 306. Sägmüller, 126.

(3) Dispacci di A. Giustinian II, 185.

(4) V. en el n.º 53 del apéndice el *despacho de Ghivizano, de 12 de Septiembre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Estas naciones sólo podían ejercer influencia por medio de sus embajadores. Sobre la actividad que desplegó el embajador de Maximiliano, v. Ulmann II, 135. Cf. también en el apéndice n.º 54 el *despacho de Ghivizano, de 15 de Septiembre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) La simple inspección de los guarismos que ponemos á continuación, puede dar una idea clara de cuán corto había sido anteriormente el número

número hasta entonces desacostumbrado (1). Todavía á 12 de Septiembre se había deliberado largamente, si sería mejor proceder á la elección en San Marcos, bajo el amparo del pueblo romano; pero, por fin, se mantuvo la preferencia en favor del Vaticano. Inmediatamente antes de abriese el conclave, se había resuelto el cardenal de Amboise á hacer una visita á sus rivales Caraffa y Juliano della Róvere. El embajador mantuano que lo refiere, añade: «Piccolomini, Pallavicini y Costa, no han cambiado visitas con el de Amboise. Sin duda obtendrán la Tiara Piccolomini, ó Pallavicini ó Podocátharo; este último por ser un varón bueno, y los otros por ser neutrales y favorecidos por los españoles.» También el embajador de Venecia juzgaba cuatro días después, ser probable la elección de Piccolomini ó de Pallavicini (2).

Lo primero que hicieron los cardenales fué redactar una capitulación electoral, para la cual sirvió de base la del año 1484. En ella se determinó, entre otras cosas, que el nuevo Papa habría de convocar, dentro del término de dos años, un concilio para la reforma de la Iglesia; y que en adelante se celebraría otra semejante asamblea cada tres años (3).

El cardenal de Amboise había asegurado aún en todas partes, el 17 de Septiembre, con su habitual estilo jactancioso, que sería elegido él ú otro francés; y pocos días antes había manifestado su verdadero designio al embajador de Venecia. «Embajador, le dijo, he entendido que muchos cardenales se han convenido con ju-

de los electores. Tuvieron parte en el conclave de Nicolás V, 18; en el de Calixto III, 15; en el de Pío II, 18; en el de Paulo, II, 20; en el de Sixto IV, 18; en el de Inocencio VIII, 25; en el de Alejandro VI, 23.

(1) Burchardi Diarium III, 269 sq.; Sanuto V, 100 s. y el *despacho de Costabili, fechado en Roma á 16 de Septiembre de 1503. *Archivo público de Módena*. El número de los que asistieron al conclave se indica muy diversamente por los escritores antiguos y modernos. Raphael Volaterranus, Reynald, Reumont III, 2, 7 y Rohrbacher-Knöpfler 285 indican 36, mientras que Guicciardini VI, c. 1, el epitafio de Pío III, y Gregorovius VIII³, 12, señalan 38. Los dos números son falsos. 37 electores citan, Burchard, el embajador de Mantua en un *despacho, fechado en Roma á 16 de Septiembre de 1503. (*Archivo Gonzaga de Mantua*; *ibid.*, una *relación de Ghivizano de 17 de Septiembre sobre el comienzo del conclave), y, lo que es decisivo, las *Acta consist. f. 14. *Archivo consistorial del Vaticano*.

(2) Dispacci di A. Giustinian II, 196, 198 y en el apéndice. n.º 54, el *despacho de Ghivizano de 15 de Septiembre de 1503. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Burchardi Diarium III, 272 sq. Zurita 302^b. Gatticus 287, nota 1. Bergenroth I, p. LVIII, n. 371.

ramento, á no elegir ningún cardenal que sea francés ó amigo del rey de Francia. Esto me ha irritado grandemente; pues, no veo razón ninguna para querer excluir del Pontificado la Nación francesa, y creo que no se puede reprochar á mi Rey, siendo el hijo primogénito de la Iglesia y el que ha hecho más que todos los otros príncipes por la Sede Apostólica, que se afane por obtener un Papa francés, después de haber visto cuán mal han gobernado la Iglesia un español y varios italianos. Nuestros generales están enterados del asunto y no sufrirán en manera alguna semejante injuria de su Rey.» Luego se quejó además Amboise de ciertos manejos simoníacos y añadió: «Si yo notare algo de este género, podéis estar seguro, embajador, que no lo toleraré; antes bien levantaré mi voz tan alto, que todos habrán de oirme.» «El cardenal, añade el embajador, entiende que su causa está perdida, y ya dice que le han engañado; pues acaba de enterarse de que Ascanio Sforza no se cuida de él, antes trabaja por su propia elección» (1).

Así sucedía en realidad. Ya á 13 de Septiembre podía dar cuenta el embajador veneciano de que Ascanio Sforza no hacía misterio alguno de sus pretensiones; «al de Amboise no le ha prometido sino sólo su propio voto, y éste es el único que le dará» (2). El jubiloso alborozo con que Ascanio había sido saludado á su entrada en Roma, le había comunicado todavía mayores alientos para pretender su propia exaltación. Juan Burchard, que da relación de ello, añade en su libro de memorias: «Cuánto haya agrado este júbilo al cardenal de Amboise, sábelo Dios» (3).

También salieron fallidas las esperanzas que había colocado el de Amboise en el cardenal d'Aragona; pues este príncipe de la Iglesia, lo propio que Ascanio Sforza, no se hallaba absolutamente nada inclinado á sellar, mediante la elevación de un Pontífice francés, la decadencia de su propia Casa (4).

Habiendo, pues, tenido el de Amboise que renunciar á todas las esperanzas de su propio encumbramiento, procuró, por lo

(1) Dispacci di A. Giustinian II, 195-196, 198.

(2) Dispacci di A. Giustinian II, 193. Cf. Prato 256. Es interesante, el ver por el Burchardi Diarium III, 274, que Ascanio Sforza dió su voto realmente por su persona á Amboise.

(3) Burchardi Diarium III, 263.

(4) Dice Guicciardini VI, c. 1.